EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... 4 50 " "
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO VIII.—NÚM. 16

MÉXICO, 17 DE ABRIL DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

DOLORES ALEU Y RIERA DE CUYAS
DOCTORA EN MEDICINA

LA PRIMAVERA DEL ESPÍRITU.

El pensamiento, como la naturaleza, tiene sus primaveras. Aquel primer dia de la humanidad en que Dios tiñó los espacios con el primer rayo de su luz inmortal, se ha repetido en el tiempo. El primer capítulo del Génesis es como el amanecer de la humanidad. La tierra se mece palpitante de gozo en los espacios, recibiendo el aliento del Creador, como una flor de Mayo que abre su cáliz á las caricias del aura. Y después el Génesis de las ideas nunca se pierde. En sus páginas se ve amanecer la imaginación, y se siente la pura savia del frondoso árbol de la vida. Así esa primavera inmortal aún cubre con sus flores el sepulcro de todas las generaciones que han cruzado por el Oriente. El Oriente es la primavera del mundo.

Después la idea humana arribó á otro mundo, al suelo de Grecia. Era aquella la transformación más hermosa del espíritu. ¿Quién era el dios de aquella primavera, que poblaba de genios los bosques y de dioses los arroyos y las celestes montañas? Era Homero. Los ecos de su lira se asemejaban al cantar de las brisas, que se levantan del Archipiélago cargadas de aromas, y se mecen sobre el azahar y las palmeras y los mirtos. Homero es la primavera del arte occidental. De él nacieron los Esquilos y los Sófocles. La idea de la belleza humana, que por vez primera aparece en el arte, es su Helena, luna hermosísima de aquel sonriente cielo. Pero la humanidad, como el Judío Errante, no reposa ni un punto en su camino. Y amanece otra edad, cuya primera luz es Jesús, cuyas primeras flores son las almas de los mártires que se pierden, como eterno aroma en los cielos. Cuando el invierno del mundo antiguo, de aquella noche sombría del imperio romano, rompía con el hielo de la muerte las estatuas de los dioses paganos, amanecía en el horizonte, al resplandor de las hogueras del martirio, el Cristianismo, florecimiento sublime de todas las ideas, de todos los sabios del antiguo mundo.

Y el espíritu prosigue sufriendo las transformaciones, y nuevas primaveras vienen á cubrir de flores á la humanidad. Dante, recogiendo en las nacaradas alas de su alma los átomos de oro de los mundos, es como la mariposa de aquel dia de la Edad Media, en que la nueva savia del Renacimiento latía ya bajo la corteza del viejo árbol del Catolicismo. Virgilio es el ángel que se levanta de su gruta de Nápoles para traer en copa de oro clásica el rocío de la nueva primavera, que refleja como el arco-iris las almas del dulce Petrarca, del riente Bocaccio, del melancólico y audaz Tasso, de Ariosto, de la llorosa Araszzi y la rústica Victoria.

Todo tiene en el mundo su primavera. Abelardo es en filosofía como el primer lirio que nace al soplo de la razón, y Descartes su primer florecimiento; como Rafael es la primera azucena del Renacimiento de la pintura; como Colón arroja en los espacios una eterna primavera del mundo, que es la América; como Lope y Shakespeare serán siempre las primeras flores del teatro moderno: como la democracia es hoy la primavera de la inteligencia y del corazón de la humanidad.

EMILIO CASTELAR.

LA DOCTORA DOÑA DOLORES ALEU Y RIERA DE CUYÁS.

Dolores Aleu es hija de Barcelona. Hasta la edad de ocho años no pudo empezar el estudio de las primeras letras, á causa de pertinaces dolencias. Desde esa edad hasta la de catorce años lo emprendió con tal aprovechamiento, que en todas las asignaturas ganó los premios que da el Ayuntamiento en sus escuelas, y además uno primero de labores en la Exposición del Fomento de la producción Nacional. Sólo catorce años tenía cuando obtuvo el título de maestra de instrucción primaria.

Como prueba de su despejo y aplicación, es digna de mencionarse la circunstancia de haber aprendido á leer por sí sola cuando sus padres no la permitian ir á la escuela, á causa de su delicada salud.

Respecto á sus estudios superiores, véase opinión tan autorizada como la del eminente Dr. D. Juan Giné y Partagás, catedrático de Clínica-Quirúrgica, en contestación á una carta que la Sra. Aleu hubo de dirigirle, después de haber obtenido el grado de Doctora:

«De la aptitud natural de la mujer para los estudios teóricos y prácticos que constituyen la carrera médica, yo soy buen testigo y vd. excelente ejemplo. Muestre vd. á los que de ello dudaren su brillantísima hoja de estudios: Sobresaliente en todas las asignaturas, y premiadas, previa oposición, en casi todos los cursos, ¿qué más podría esperarse del estudiante más aplicado y de talento más distinguido?»

El Sr. Giné concluye su carta en estos términos:

«Al fin toca vd. á la meta de sus ardientes aspiraciones, *Señora Doctora:* reciba vd. mi entusiasta enhorabuena, y no olvide consagrar algún tiempo á la literatura médica, aun cuando espere sus servicios una clientela numerosa.»

Esta excitación la funda el sabio profesor en la competencia que había mostrado su discípula publicando «Consejos á una madre sobre el régimen, limpieza, vestido, sueño, ejercicio y entretenimiento de los niños»; y en la tesis importantísima de doctorado de la necesidad de encaminar por nueva senda la educación higiénico-moral de la mujer, que la Sra. Aleu sostuvo con gran lucidez y elevación de miras.

A propósito de ésto dice el mismo Giné en su citada carta: «El asunto que vd. ventila tiene y tendrá aún por mucho tiempo el mérito de la oportunidad. Es necesario demostrar *la necesidad de encaminar por nueva senda la educación higiénico-moral de la mujer*, porque el principal defecto de todas las civilizaciones, y el coeficiente más poderoso en el atraso de todos los pueblos, ha sido siempre el escaso y aún improcedente cultivo que se ha acordado á las admirables disposiciones inteligentes del bello sexo.»

«Se proyecta abrir un hospital, reina una epidemia mortífera, amenazan grandes batallas, y todos se afanan en procurarse personal femenino para cuidar á los enfermos y á los heridos. Valerosas mujeres, desafiando miasmas y plomo, les prestan los auxilios más cariñosos, delicados é inteligentes. ¿Por qué á la que tiene corazón y arte para prodigar tan estimables consuelos, se la había de privar de la instrucción científica que debe acrecentar el valor de sus servicios?»

«Hay aquí una procupación multi-secular, que apenas se comprende en medio de las luces de nuestros tiempos. Ustedes, las recientes Doctoras españolas, se encargarán de probar lo mucho que de ustedes pueden prometerse los pobres enfermos, y en particular las enfermas.»

«También está admitido que el rubor del sexo queda avasallado en presencia del médico. No todas las mujeres tienen valor para llevar á cabo el sacrificio de ese innato sentimiento: muchas soportan sus dolencias ó no las declaran sino cuando ya se han puesto fuera de los alcances de la Terapéutica, por sustraerse á la investigación clínica del hombre, siquiera sea éste un sabio. ¡Qué de auxilios no podrán proporcionar á esas desdichadas!»

Sus condiscípulos de medicina mostraron siempre á la Sra. Aleu gran consideración y respeto. Justo es consignarlo, como complemento de las frases elocuentes que se acaban de trascribir.

Está casada con el Sr. Cuyás, tiene hijos, y en ella la dignidad de madre se armoniza muy bien con la de Doctora.

La Sociedad de Higiene de París la envió el título de socia de mérito, expresando que es una de las primeras de su sexo que obtuvo dicha distinción.

Hija de un hombre que es el terror de los criminales, el célebre jefe de Orden Público, de las provincias catalanas, ha heredado la inteligencia investigadora de su padre, pero aplicándola solamente, y cada dia con mayor éxito, á la curación de las enfermedades de mujeres y niños. Bien lo atestigua la numerosa clientela que acude á su casa del pasaje del Crédito.

Emprendida su carrera con el prestigio del talento, puede ser tan gloriosa como fecunda para el bien. ¡Ojalá que su ejemplo estimule á otras jóvenes á honrar como ella á su sexo en el estudio de la ciencia!

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

CRÓNICA DE LA MODA.

París, 2 de Marzo.

Seré yo la primera en anunciar á mis bellas lectoras la revolución que va á introducirse en nuestro traje? Decimos que va á introducirse, á pesar de haber admirado varios trajes elegantísimos, modificados ya; pero ignoramos si la moda será aceptada. Lo desearíamos por dos razones: primera, porque permitirá vestirse sin necesidad de doncella; y segunda, porque dará más esbeltez y desenvoltura á las señoras.

Débese á un gran couturier la idea: suprime los tres resortes espaciados que sostenían la falda por la parte posterior.

Cae, por lo tanto, la falda recta; pero está montada de tal manera, que la amplitud viene al medio sin desviarse á los costados. Esto no obsta para disponer á voluntad de las draperies y del puf; pero hallamos la falda dispuesta en grandes pliegues más elegante que la actual.

El delantero se adorna con draperies panneaux, ó se pliega simplemente.

El cuerpo varía mucho, si bien la moda Directorio, con vueltas cruzadas, está en favor, pues es sumamente original. Esta razón hace que no siente bien á todas las señoras.

Es también sumamente usada una moda artística, que emplea un solo faldón largo y estrecho á la izquierda, el cual podrá utilizarse como bolsillo: sería cómoda y elegante.

El cuerpo con pasamanería calada con semimanga surtida, tiene éxito grande para el traje de banquete: úsase, sobre todo, el terciopelo, faya ó siciliana negra; no obstante, el color mordorée y el azul angovino armonizan perfectamente con esta clase de vestido.

La petite toilette, como la llaman mis compatriotas, para las tertulias íntimas, se usa con cuerpo escotado y camisa, gasa ó tul, plegada y montada en el borde del escote. Sus pliegues forman radios y van á cerrarse y montarse á una cinta estrecha que forma el cuello, y al cual se cose una cascada en tul ilusión. La manga en tul termina á la mitad del brazo y en forma de cascada.

Los últimos modelos de trajes para reunión hácense en encaje rousse ó tul, bordado en trasparente color rosa, azul ó cereza. La falda, guarnecida con dos altos volantes, y sus paños posteriores muy anchos, plegados y sostenido por un cojinete voluminoso. En el lado cintas, cuya terminación está cortada y ornada por un nudo mariposa con botón de perlas.

El éxito que la vidriería ha alcanzado ha hecho fabricar perlas de todos colores y clases: lisas, talladas, redondas, prolongadas, en pera, brillantes, mates, irizadas, y que se colocan en las pasamanerías finas, como en el encaje ó el bordado en relieve. Móntanse en agujas, placas, franjas, jockey y cintura.

Estos adornos son de precio elevado si se les desea algo elegantes; pero dan aspecto de riqueza al traje y armonizan perfectamente con la seda, haciéndola muy rica.

Vamos á decir dos palabras acerca los sombreros. Hay tantos modelos y tan distintos entre sí, que es preciso dirigirse á una modista de gusto reconocido, para no adoptar un modelo ridículo.

El sombrero de teatro es ligero: en gasa treilles de perlas, penachos ú otras fantasías; pero nada de flores, aun cuando fueran de terciopelo ó peluche, pues la moda actual lo censura completamente.

CORALIA.

LA MUJER.

Para que la mujer sea
Buena, cual la quiere Dios,
A tres cosas comparables
Debe ser en contra y pró:

Guardadora de su casa
Ha de ser cual caracol;
Mas, como éste, nunca debe
Llevar carga tan atroz,
Exhibiendo en sus espaldas
Cuanto tenga de valor.

Ha de procurar, cual eco,
No entablar conversación
Hasta que se la interrogue;
Mas no, cual eco, en rigor,
Debe ser la última siempre
En dejar oir su voz.

Cual reloj solar de un pueblo
Ha de tener afición
A ser exacta en un todo;
Mas no, como este reloj,
Debe mostrarse impasible
Y siempre de cara al sol.

Si á todo ésto no comparas
Tu conducta en contra y pró,
¡Mujer, serás lo que quieras,
Mas no lo que quiere Dios!

ISIDORO FRÍAS FONTANILLES.

España.

CÉSAR.

Casi desde la cuna deslumbrado
Por la gloria sin par que te rodea,
¡Cuánto tu épica vida me recrea!
¡Cuánto por tí me siento entusiasmado!

Veinte siglos hasta hoy no han opacado
La aureola que en tu frente centellea;
Cien capitanes de ínclita ralea
No han tus egregios timbres eclipsado.

A tu marcha triunfal en vano opuso
Barrera atroz, conjuración villana,
Porque en más alto pedestal te puso;

Y aunque estorbarlo quiera envidia insana,
Siempre será gigante el que traspuso
El Rubicón de la grandeza humana.

Campeche. (México.) JOAQUÍN BLENGIO.

A NAPOLEÓN

(DESPUÉS DE UNA LECTURA DE SU HISTORIA.)

I

Sombra orgullosa en el tumulto aislada
Lejos del mundo que delinque ó yerra,
Fué tu figura impávida que aterra
Para el marmóreo pedestal formada.

Ni aborreciste ni adoraste nada;
Tu mano, ansiosa de abarcar la tierra,
No acarició sino el corcel de guerra,
No estrechó sino el puño de la espada.

Angel ó monstruo, cíclope ó enano,
Aflijanos tu suerte ó nos asombre,
No estabas hecho en nuestro molde humano.

Tu única religión fué tu renombre,
Y héroe, caudillo, emperador, tirano,
Tan sólo ¡oh César! te faltó ser hombre.

II

Regias esclavas que al brutal serrallo
Condujeras hollando sus pendones,
Arrastraste en pos tuyo á las naciones
Atadas á la crin de tu caballo.

Sobre él dictaste, cual supremo fallo,
Tu voluntad á reyes y facciones,
E hiciste, al resplandor de tus cañones,
Cuartel á Europa, al pueblo tu vasallo.

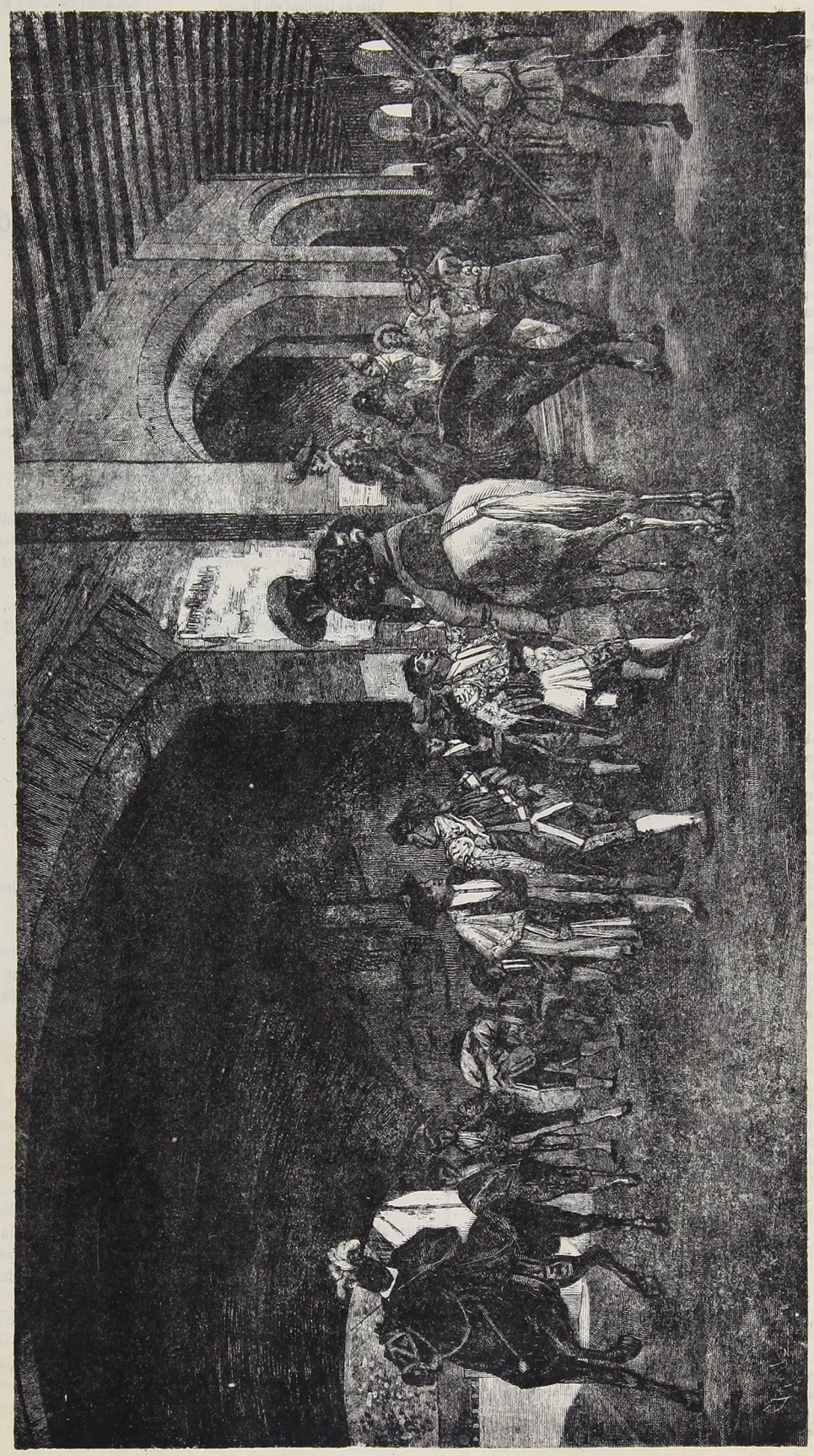
Mas ¡ay! maldice la funesta gloria
Que los horrores del sangriento drama
Habrá de eternizar con tu memoria;

Pues para aquel contra quien sangre clama,
Es un proceso criminal la Historia
Y es un grillete espléndido la Fama.

España. E. FERRARI.

LIC. MANUEL ISAAC ZAMORA
Redactor de *El Album de la Mujer* y Diputado al Congreso de la Unión

ISLA DE CUBA.—FAMILIA DE GUAJIROS



EN LA PLAZA DE COLON DE MEXICO.—ANTES DE LA CORRIDA

JUANA DE ARCO.

«Pastora humilde y tímida
Por cuyo ardiente ruego
Hasta la *Encina santa*
Desciende desde el cielo;
Aquí tienes el lábaro,
Aquí el fulmíneo acero,
Aquí la cota dura,
Aquí el bruñido yelmo:
Vuela, vence, extermina
Y devuelve á tu rey corona y reino.»

«¿Eres criatura débil?
No importa: cobra aliento
En la virtud que templa
Tu inmaculado seno;
También, como tú, virgen,
Al mundo ofreció el Verbo
Que á redimirle vino,
Sea, pues, para tí ejemplo.
Deja ovejas y flores
Y ciñe del soldado los arreos.»

«Levántate. ¿Aun vacilas?
Levántate—Lo ordeno;»
Y la visión excelsa,
Con rostro ya severo,
Dejó sus vestiduras
Y retornó á los cielos
Envuelta en aureas nubes
Y entre cantos angélicos
Que valles y montañas
Fueron á las ovejas repitiendo.

«Adiós rebaños, grutas
Y manantiales frescos;
Praderas y arbustos,
Mi único amor terreno,
Adiós! Juana la unjida
Os da su adiós postrero....
Soy numen de victoria,
Y al reclamo obedezco
De *Aquel* que vió en la zarza
Del sacro Horeb el inspirado hebreo....»

Virtud! esencia pura,
Llama de un santo fuego,
Es tuya la victoria
Del alma sobre el cuerpo:
Cuando la fe vacila
Eres la zarza ardiendo,
Cuando el error impera
La palabra de acierto,
Y en pecho y brazo débil
La cota dura y el fulmíneo acero.

Venezuela. Santiago González Guinán.

MADRE.

Hay una dulce palabra,
Una palabra muy dulce,
Que al que amante la pronuncia
Las desventuras le huyen.
Madre, es la dulce palabra,
Que cual los cielos azules
Alegra los corazones,
Los corazones que sufren.
¡Madre! dice el débil niño
A que asalta un sueño lúgubre;
¡Madre! murmura el anciano
Que los achaques consumen.
¡Madre! suspira lloroso
El infeliz que sin lumbre
Ve el hogar, y á sus hijuelos
Oye que en llanto prorrumpen.
¡Madre mia! dice el náufrago
Cuando la tormenta ruge,
Y su esquife recrugiendo
Bajo su planta se hunde.
El soldado mal herido,
Y el enfermo que sucumbe,
Y el que llora por entrambos
Con terrible pesadumbre,
¡Madre! exclaman, y ¡oh prodigio!
Cual delicioso perfume
Que los sentidos embarga,
Calma en su torno difunde
Esta palabra amorosa,
Esta palabra tan dulce.
Dejad, pues, que un triste vate
Conmovido la murmure,
Y que repita extasiado
Al par que la lira pulse:
«Sépanlo los infelices
Que las desdichas circuyen;
Esta palabra bendita
Los dolores disminuye,
Y alienta los corazones,
Los corazones que sufren.»
¡Quiera el cielo que mi trova
De alegrías os inunde,
No la olvideis nunca, nunca,
Y esta esperanza me arguye
La que á tan grato recuerdo
El del poeta se adune,
El del poeta que hoy canta
Las prodigiosas virtudes
De una palabra tan bella,
De una palabra tan dulce!

España. Antonio Nait.

RIMAS.

(Escuchando el vals de Waldteufel «La Lluvia de Oro.»

A****

En raudo vuelo hiendo el espacio,
Buscando atmósfera do respirar;
Quizá ascendiendo hasta tí llegue,
Quizá en tu cielo se encontrará.

Y en el ambiente que te circunda,
Mi alma angustiada se esparcirá;
Quizá á tu lado calme su anhelo,
Si no es que aumente de intensidad.

Mándale entonces lluvia ó rocío
Para que sacie su sed de amor;
Qu'el valle árido que triste deja,
Valle de lágrimas sin tí juzgó.

Deja que llame *mi lluvia de oro*
Los dones célicos de tu querer;
Que disfrutando de tal tesoro,
Serán eternos dicha y placer.

Felice me hace la sola idea
De ser amado por una Hurí;
Si dicha tanta no me enloquece,
Loco habré estado de estar sin tí.

Saltillo, Febrero 5 de 1887. Lino Salvá Tredeñas.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

Continuación.

Lejos de ella, todo lo encuentro monótono y envuelto en fúnebre crespón. ¡Oh! sí, yo necesito decirla todo lo que me inspira; yo mendigaré su amor si es preciso, pues sin él ya no puedo vivir. Y en su casa no puedo comunicar cuanto quiero, no, imposible; me acechan, me envidian, me persiguen. Es preciso que yo la escriba y que ella me conteste. ¡Oh, qué felicidad! Una carta suya, lo que nadie ha conseguido, sí, porque á mí me contestará, ¡sí me contestará!

Mario tomó tres pliegos de papel y escribió, nervioso y frenético, con la rapidez de un taquígrafo. Tres páginas había llenado, cuando empezó á leer en alta voz: su amigo Alberto, que hacía rato le escuchaba, levantó el picaporte de su cuarto y se presentó.

—¿Qué te sucede, Mario?

—¡Una desdicha fatal! ¿Qué genio maléfico me trajo á Madrid?

—Pero, hombre, dime: ¿qué te sucede?

—Tú no lo puedes comprender.

—Gracias, amiguito, por la gran idea que tienes de mi inteligencia.

—Es que para comprenderme esta noche, no se necesita inteligencia; se necesita corazón.

—Hombre, yo creo tener de las dos cosas un poco.

—Estoy enamorado, amigo Alberto.

—¿Y no es más que eso?

—¿Te parece poco? ¿Sabes lo que es amar un imposible con la vehemencia que yo?

—Esto será una fiebre pasajera.

—No, Alberto; es una fiebre del alma y para ésta no hay Galenos.

—¿Y quién es tu adorado tormento?

—¿Acaso no lo has adivinado?

—Está visto que los enamorados lo primero que perdeis es la razón. Vaya una lógica la tuya; quieres que adivine quién es tu *Beatriz* y no me has hecho ni la más leve indicación acerca de ella. ¡Qué cosas tan célebres teneis los amantes!

—No te burles y respeta mi situación.

—Justo: el infeliz es una cosa sagrada, dicen los teólogos.

—Repitiendo tus bromas, vas á exaltarme más.

—Recuerda que no sé todavía quién es tu Dulcinea.

—¡Ah, torpe! ¿quién ha de ser? La Minerva de nuestro Parnaso, la diosa de la armonía, Victorina; sólo Victorina puede ser.

—No me sorprende: es más, lo esperaba.

—Ahora no te comprendo yo.

—Pronto me entenderás: Victorina es una cosa que todos codician y ninguno alcanza; Victorina es un mito, un imposible. Tú, poeta; tú, soñador; deseas obtener lo que á todos está vedado; te seduce ese sér por extraño, por difícil, porque no prodiga amantes frases, porque aparece para los hombres helada y dura, y un poco suave para tí.

—No creas que me halague el triunfo, suponiendo que triunfe yo: no, no es amor propio; al sentir esta pasión creo que me he despojado de cuanto tiene relación con el mundo y sus vanidades; me encuentro más grande, más bueno, más purificado.

Mientras decía ésto rompía las páginas escritas.

—¿Qué leías cuando entré?

—El principio de una carta que dirijo á Victorina, y no puedo encontrar estilo á la altura de mi pasión.

—Te dejo, para que fíes á la pluma tus elevados pensamientos·

—Siento que la pluma sea impotente para revelar lo que siente mi corazón. ¡Quisiera poderle enviar mi alma en un pliego de papel!

—Adiós, Mario; cálmate un poco y plegue á Dios se realicen los deseos que alimentas.

—¿Me tendrás rencor?

—No, amigo mio; tú eres el único hombre que se halla á la altura de Victorina; confieso mi inferioridad.

Algunos momentos habian trascurrido desde que Alberto dejó al poeta, cuando éste tomó la pluma y se puso á escribir con su celeridad acostumbrada.

La carta fué muy extensa: si quereis conocerla, buscadla en el capítulo siguiente, al cual la trasladamos.

V

"¡Victorina idolatrada! Perdóneme vd. le dirija mis pensamientos en esta "forma, y disculpe por el santo amor que me inspira este atrevimiento, que tal "vez encontrará superior al respeto que la debo. Para hacerla ver mi alma, "necesito abandonar la escena social y esconderme entre los bastidores de una "correspondencia sincera y espontánea. Hay muchos ojos que espían á cada "paso las más hermosas impresiones del corazón, para asesinarlas con una car-"cajada escéptica y desgarradora en el momento en que la descubren: nos en-"contramos los dos en medio de un grupo ilustrado compuesto por hombres "eminentes que nos exigen versos, melodías y exhibición perpetua de los te-"soros que la Providencia nos concedió, tal vez para ser más desgraciados.

"Nadie seguramente puede comprendernos; tenemos que encauzar nuestra "conversación en la conversación universal; un diálogo aparte nos vendería, "y una mirada sostenida podrá hacer descorrer el velo á nuestros sentimien-"tos, quedando profanados al perder el misterioso perfume del secreto, que "es la poesía del amor, como el crepúsculo de la tarde es el sueño de los jar-"dines y la voluptuosa pereza de las flores.

"Presos, mártires del deber, nos vemos sin mirarnos, nos hablamos sin "apenas habernos dicho nada. Es preciso burlar á los que nos acechan sin "que puedan advertir nuestras redes en la sombra. Necesito luz, resplan-"deres, consejo, Victorina amada. Necesito que usted me eleve; he anda-"do siempre á oscuras en la senda del amor, sea usted mi *faro* y haga que "amanezca en mi alma.

"Admita usted en esta carta la primera página del álbum de mi existencia. "Mi existencia es el hoy que empiezo á consagrarle y el mañana que le per-"tenecerá.

"No sé en qué estilo escribir á usted; soy tímido, débil, cobarde y medro-"so ante su prolífica y brillante inteligencia. Si se tratara de hacer una frí-"vola introducción oficial de sonoros adjetivos y estudiados períodos, una es-"pecie de serenata para despertar el corazón de una mujer fácil á la lisonja, "yo haría lo que hacen todos. Pondría unas cuantas palabras bonitas al ser-"vicio de una debilidad del amor propio, y quedaría halagada una mujer co-"mún. Mas usted está tan por encima de la hojarasca del lenguaje, es usted "tan superior á las fórmulas de amanerados galanteos, que, á ser posible, in-"ventaría un nuevo idioma para que no se pareciesen estas páginas á las vul-"gares epístolas de tantos Tenorios averiados, comparsas de ese interminable "y sublime drama llamado amor.

"No crea usted que procuro satisfacer una vanidad pueril y aparecer triun-"fante de su corazón á los ojos de los que la creen un imposible para acep-"tar amores.

"Si mi semblante no le ha revelado mi pasión, atribúyalo usted á que es "glacial y poco expresivo mi semblante. Tras de un rostro mudo y frío, ¡cuán-"tos sueños de amor se pueden ocultar! . . . . . .

. . . . . .

"Nada ve que le hable al alma, y sin embargo, ¡qué hermosos tesoros de "sentimiento se ocultan en el fondo de ella!!!

"Séres hay que careciendo de frases para hacerse comprender, sufren so-"los y olvidados sin conmover ningún corazón: estos desheredados de la feli-"cidad, estos párias del sentimiento, mueren sin que nadie advierta la agonía "que precede á esta muerte cruel.

"La supongo á usted enterada de mis antiguos amores, mas deseo no le "preocupen; he puesto ya sobre ellos la fría piedra sepulcral, la dura y fúne-"bre losa.

"Todo concluyó: estos amores son un asunto muerto. Estoy completamente desprendido de mis lazos tradicionales, de mi quimera infantil.

"He olvidado á Cándida como Romeo olvidó á Rosalinda al conocer á Ju-"lieta. Hasta hoy he sido un niño que ha quedado contento con poca cosa. Aho-"ra no me basta la estatua perfectamente modelada, necesito la chispa que "anime la estatua. Usted es el complemento de mis ilusiones, el ideal que so-"ñaba sin poder encontrar. No apague usted de un soplo mi esperanza. No "me deje usted en la oscuridad. Es verdad que soy un pigmeo ante usted, "mas si no puedo subir hasta donde usted se halla, hágame por caridad el fa-"vor de bajar un poco y nivelarse conmigo; ya sabe usted que ha dicho un "célebre poeta: *Las almas grandes aspiran á descender, no por laxitud, "sino por instinto de la verdadera elevación, que consiste en el sacrificio.*

"Usted ha inflamado mi corazón, ha llenado de aspiraciones mi cerebro, no "hay nada que me revele tanto la fascinación que me inspira, como esa sed "de lo bueno que me hace usted sentir; procuro adornar mi alma de bellas "cualidades con el entusiasmo con que un devoto adorna la capilla del santo "que venera.

"Esta pasión ya no puede amortiguarse.

"En las horas de la noche tendría miedo de dormirme si tuviera la des-"gracia de no soñarla: me parece perdido todo el tiempo que no consagro á "su recuerdo.

"Muchas veces, después que dejo á usted, paso por su casa de nuevo, con-"templo los muros que la guardan, miro sus balcones, permanezco largo rato "debajo de ellos, y si los suspiros, los pensamientos íntimos, las lágrimas si-"lenciosas, el deseo, la religión, el amor que espía, mis ilusiones todas, re-"voloteando alrededor de su morada como una nube de mariposas que bus-"can refugio acobardadas por la noche, pudieran hacer ruido, usted se pre-"sentaría.

"La serenata de mi alma, la música que mi amor le consagra, es como las "armonías del cielo que no se oyen en la tierra. Las lágrimas que brotan del "amor verdadero no tienen ruido, y sin embargo, siempre baja un ángel á "recogerlas.

"¡Oh! yo no sé dónde me conducirá este amor, pero es lo cierto que se ha "llegado á hacer la más imperiosa necesidad de mi alma enamorada.

"Apiádase usted de mí; Dios le pedirá estrecha cuenta si pisotea las pu-"ras flores de mis inmaculados sentimientos.

"Tal vez me reproche usted el haber fijado tan alto mi amor; mas mi al-"ma nunca juzga, siente, se inspira en nobles deseos, en impulsos delicados, "y da salida á levantadas aspiraciones.

"Y estos impulsos, estos sentimientos que germinan en ella, brotan ante "un nombre mágico: este nombre es el de usted, amada Victorina.

"Calme usted mi ansiedad.

"Contésteme con el corazón; no analice, el análisis destruye, mata.

"¡Que no sea su criterio quien falle!!

"Obedezca usted á su corazón y reflexione que de usted depende la ven-"tura ó la desdicha eterna de su apasionado

MARIO.»

Terminada esta carta, se acostó.

Mil diversos pensamientos se agitaban en su cerebro cual recio torbellino.

Pasó la noche en horrible insomnio, y al amanecer penetró en el cuarto de Alberto para leerle sus vehementes páginas. Este le escuchó con atención, agradeciendo la deferente confianza que se le hacía.

—Alberto, qué te parece, ¿me contestará?

—No lo dudes, Victorina es muy bien educada.

—Pero me contestará favorablemente; ¿qué opinas tú?

—Saber eso es imposible. Tal vez sí. Victorina ha sido siempre difícil; mas todos los hombres que se le han presentado se *parecían demasiado*, y tú no te pareces á nadie. Bien has debido advertir que á ella le agrada lo poco vulgar.

—¿Crees que yo puedo agradarla?

—Es posible; más singular que tú no es nadie, pues sólo te pareces á tí mismo.

—Si no corresponde á mi amor, no sé qué será de mí.

—¿Has amado alguna vez con la misma fuerza?

—Jamás. He tenido amores con muchas mujeres al mismo tiempo que con Cándida: ésto no es extraño, soy muy impresionable y me gusta la mujer sobre todas las cosas; pero esos amores eran nubes fugaces; galanteaba á una mujer porque estaba en moda, á otra porque tenía talento, á otra por elegante ó por hermosa, y me separaba de todas éstas con el corazon vacío.

Guardaba en mi alma un culto constante á Cándida á pesar de mis travesuras, y vivía como un autómata. Mas desde que he dejado Granada he comprendido que Cándida me inspira un sentimiento tranquilo, apacible, tierno, pero que en nada se parece al amor. Yo haría de Cándida mi hermana; de Victorina, mi esposa.

Esta mujer sublime conoce la vida del hogar cual la vida del salón.

Esta mujer tiene entendimiento, cultura, mundo, elegancia, ilustración: es el más acabado tipo para mujer de poeta.

Cándida me hastía; es buena, pero su inteligencia no está cultivada: siempre me dice lo mismo, y es tan corta de genio, que para saludar á un desconocido se le pinta el *arco-iris* en el semblante; tan grande es su ridículo rubor.

—Sí, es tipo de provincia.

—Dí más bien de chiquilla refractaria á la luz del progreso. En provincias he encontrado yo señoritas muy instruidas. Cándida es un pájaro lucífugo.

—Después de todo, es terrible tu situación.

—Muy terrible, Alberto. Esa mujer no podrá resistir mi desvío y yo no podré soportar el de Victorina.

—¿Cuál va á ser tu conducta en tan críticas circunstancias?

—Por ahora la engañaré.

—¡Engañarla tú, tan recto en todo!

—¡Oh, este engaño es muy generoso; es un piadoso engaño!

El desengaño es lo cruel y lo terrible.

¿Qué importa vivir dulcemente engañados, si el engaño dura tanto como la existencia? Lo que yo temo es hacerle conocer la desconsoladora realidad, mil veces peor para ella que la muerte.

—¡Me ocurre una cosa!

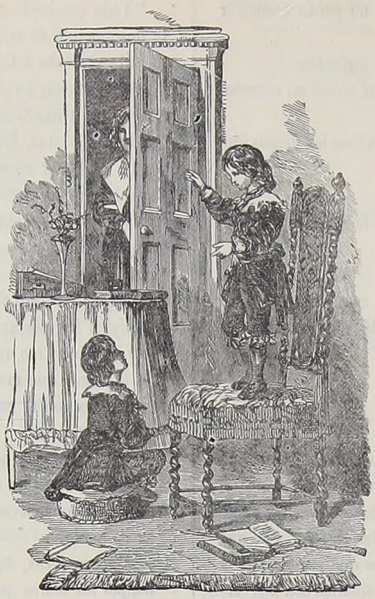
—¿Cuál?

—Pronto la vas á saber. A pesar de mi ligereza me intereso mucho en tus asuntos y deseo el mejor desenlace posible para todos ellos.

Se trata de representar una farsa. Escúchame. Yo marcho á Granada, visito á esa familia en nombre tuyo, y les participo que te ha dado un fuerte ataque á la vista y has quedado imposibilitado para el trabajo. Al principio se desesperará, mas poco á poco le haré comprender que una mujer hermosa tiene abierto siempre un porvenir color de oro y que debe animarse y vivir para los que puedan ofrecerle un palacio digno de su belleza. La mujer es muy sensible á la lisonja, y por la vanidad cae siempre en la red que le tejemos; empezaré á *hacerle el amor* con mucho fuego, y es fácil que viéndote sin posición me escuche. Si me acepta, como tú comprendes, la abandonaré; pues yo no quedo comprometido á nada, y otro terminará la obra que habré empezado yo. Sucediendo ésto tendrás el derecho de despreciarla y unirte sin remordimientos á Victorina, en el caso de que te corresponda. ¿Qué te parece mi proyecto?

—Un plan estratégico digno de un novelista. Mas este viaje puede perjudicarte; tú estás estudiando y no puedes abandonar los estudios.

—No lo creas; mis estudios son un pretexto para vivir aquí, son el antifaz que disfraza mi ingénita holganza. De todos modos yo pensaba hacer un viaje á Granada por conocer la Alhambra y el Generalife. Suspenderé este año mi examen y quedaré satisfecho con el placer de haber servido á un buen amigo. Además no me hallo en estado de examinarme.



Predicando á su hermanito

—No puedo ocultarte la repulsión que me inspira esa tentativa de tan baja especie. Parece que mi honradez me dice es una infamia lo que nos proponemos.

—No lo creas, es un recurso ingenioso. Todos los medios son buenos mientras conduzcan al fin.

—Eso es inexacto: yo muchas veces he renunciado á la realización de un deseo por no valerme de medios que repugnan al honor.

—Lo que intentamos no es vil.

—Pues que tú lo quieres, sea.

—No veo otro punto luminoso.

—Quedas en potestad para obrar.

Advierto que es bastante tarde y quiero que esta carta salga por el interior.

—¿Te vas sin tomar alguna cosa?

—En la Iberia tomaré. Hoy debo ir á la redacción más temprano.

—Como gustes.

—Adiós Ya hablaremos del viaje en cuestión.

—Me hallo muy dispuesto.

Algunos días después se hallaba Victorina á la una de la madrugada con un brazo apoyado en el *secretaire* de su *boudoir* y una pluma en la mano.

(Continuará.)

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Dolores Aleu y Riera de Cuyás, *Doctora en Medicina.*—Enaltecer á las mujeres que alcanzan los laureles del saber, es la misión que nos hemos impuesto, para que la aplicación de algunas mujeres sirva de estímulo á las demás. Al dar cabida en *El Album* al retrato de la Sra. de Cuyás, rendimos merecido tributo á la aplicación y honramos á nuestro sexo. Léase el artículo de la pág. 122.

Lic. Manuel Isaac Zamora, *Redactor de «El Album de la Mujer» y Diputado al Congreso de la Unión.*—Este distinguido oaxaqueño, ha servido siempre en las filas republicanas y en el partido porfirista, al cual ha prestado diferentes servicios con el mayor desinterés. El Sr. Zamora tiene historia política: siendo muy joven sirvió en algunas comisiones en la guerra de la Intervención, y más tarde trabajó en la revolución de la Noria, contribuyendo á organizar en el Estado de Oaxaca la de Tuxtepec. Fué confinado á Tehuacán con motivo de los acontecimientos políticos de Oaxaca en 1874, y estuvo preso en esta capital á causa de los de Tuxtepec, fugándose para continuar prestando sus servicios en el ejército porfirista, en donde figuró como secretario particular y asesor de las brigadas 2ª y 3ª de la División de Oaxaca, al mando de los generales Tiburcio Montiel y Juan N. Mirafuentes, hallándose en la vanguardia de las fuerzas revolucionarias cuando el General Porfirio Díaz llegó al Estado de Oaxaca.

Ha desempeñado muchos empleos públicos que se relacionan con su profesión de abogado.

Isla de Cuba. Familia de Guajiros.—Se da este nombre á los campesinos de Cuba, así como en la América del Sur, sobre todo en el Plata, se conocen con el nombre de gauchos. Son trabajadores, desconfiados y recelosos, y si bien carecen de instrucción, poseen una viveza natural que les hace muy hábiles para los negocios, en los cuales, lejos de ser engañados, son ellos los que generalmente sacan el mejor partido. Los guajiros son amantes de su hogar, y acostumbrados al campo la ciudad no les gusta, pues se encuentran en ella contrariados y cohibidos. La reputación que tienen de famosos ginetes es muy merecida.

En la plaza de Colón de México. Antes de la corrida.—En esta plaza, la más elegante de las que existen en la República, caben desahogadamente diez mil espectadores. Tiene dos órdenes de palcos y cuatro entradas espaciosas para que no se aglomere la multitud. Además, tiene luz eléctrica de gran potencia, para dar en la próxima semana funciones de noche. La obra de la plaza ha sido dirigida por los ingenieros José María Velázquez y Roberto Gayol, autores del proyecto.

Nuestro dibujo representa á la cuadrilla de toreros en los momentos de salir á la plaza.

Predicando al hermanito.—Descúbrese en la infancia el dón de imitación. Los niños practican cuanto ven hacer. Los niños que presentamos en nuestro grabado, acaban de regresar de la iglesia, y habiendo llamado su atención el predicador, quiere uno de ellos realizar un simulacro de sermón.

OBRAS EN VENTA DE CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

MADRES DE HOMBRES CELEBRES.—Tercera edición. Un elegante volumen con 8 láminas.....$ 1 50

SUPLICIO DE UNA COQUETA.—Un volumen lujosamente impreso de más de 300 páginas.....$ 1 00

Se venden en la Administración de este periódico. A los agentes, desde diez ejemplares, se hace el descuento de 25 por 100.

Registrado como artículo de segunda clase.